

Lucía Florencia Cantón

—Parece que Narváiz te quiere procesar por el endeudamiento de YPF.

—Eso no me preocupa. En la Escuela de Chicago me enseñaron a solucionar estos problemas.

—¿Quién? ¿Milton Friedman?

—No, Al Capone.”

En la viñeta, Jorge Rafael Videla aparece dibujado con una nariz larga y puntiaguda. Del otro lado, José Alfredo Martínez de Hoz escucha con unas orejas desproporcionadas que vuelven todavía más grotesca la escena. El remate reemplaza al economista Milton Friedman por el mafioso Al Capone y convierte el chiste en una acusación: el endeudamiento durante la última dictadura no aparece como una política económica, sino como una forma de crimen organizado.

La ilustración fue publicada por la revista Humor en enero de 1983 y hoy integra la muestra permanente de la Casa Nuestros Hijos, la Vida y la Esperanza. Madres de Plaza de Mayo - Línea Fundadora, en la Ex ESMA. Rodeada de fotografías, cartas y objetos de desaparecidos, la viñeta resiste el paso del tiempo con una ironía intacta. Entre el peso de la memoria y la solemnidad del lugar, demuestra que incluso en los años de la dictadura siempre existió un espacio para la denuncia y el humor.

Entre estudiantes que avanzan en silencio y visitantes que se acercan para leer cada detalle, la caricatura sigue provocando lo mismo que hace más de cuarenta años: una sonrisa incómoda y una reflexión inevitable.

De a uno, y a veces en parejas, los estudiantes de Comunicación comienzan a reunirse junto a la entrada de la Ex ESMA, sobre la Avenida del Libertador. Cuando el grupo alcanza el tamaño suficiente para convertirse en un pequeño tumulto, atraviesan la entrada guiados por su profesora, Cecilia. El predio parece una ciudad detenida en el tiempo: edificios bajos, calles extensas y árboles que filtran la luz de la mañana. El silencio domina el paisaje. Solo se escucha el crujido de las piedras bajo las zapatillas.

De pronto, todos se detienen. Las cabezas giran hacia la derecha al mismo tiempo, como si alguien hubiera gritado en medio de una biblioteca. A pocos metros descansa un avión gris, opaco, de chapa envejecida. Quien los encamina señala la aeronave y explica que fue utilizada en los vuelos de la muerte. La imagen resulta difícil de asimilar. Recuperado hace apenas tres años después de permanecer más de tres décadas fuera del país, el avión se erige como una prueba material de uno de los capítulos más escalofriantes de la historia argentina. Allí la memoria permanece intacta.

Durante la última dictadura militar (1976-1983), los vuelos de la muerte constituyeron uno de los principales mecanismos de exterminio. Las personas secuestradas en centros clandestinos eran drogadas y arrojadas vivas al Río de la Plata o al mar desde aeronaves militares. Los represores llamaban a este procedimiento "traslado", una palabra que ocultaba el asesinato detrás de una apariencia burocrática.

La Ex ESMA fue uno de los principales centros clandestinos de detención, tortura y exterminio del país. Se estima que alrededor de cinco mil personas pasaron por allí y que muchas de ellas fueron asesinadas en estos vuelos. Según los testimonios de sobrevivientes y de algunos represores juzgados décadas después, las víctimas eran sedadas en la enfermería, trasladadas en camiones hacia aeropuertos o bases militares y embarcadas en vuelos nocturnos que terminaban sobre el agua.

Estar frente a esa aeronave modifica la escala de los hechos. Lo que hasta ese momento era una cifra o un relato histórico adquiere volumen, peso y textura. El avión ya no es un objeto de museo: es la evidencia silenciosa de un crimen planificado.

La muestra permanente comienza en la planta baja. Allí reciben a los visitantes los retratos en blanco y negro de las Madres de Plaza de Mayo realizados por el fotógrafo Marcos Adandía a lo largo de veinte años, entre 1998 y 2018. Las imágenes captaron algo más que rostros: condensan décadas de búsqueda, ausencia y resistencia. Los estudiantes se detienen frente a cada fotografía. Algunos hablan de tristeza y melancolía cuando Cristina, una de las guías, los interpela con la pregunta "¿Qué les transmiten estas fotos?"; otros encuentran esperanza y determinación. Una de las imágenes que más llama la atención es la de Haydeé Gastelú de García Buela. Adandía no solo captura la profundidad de su mirada: también queda reflejado en sus ojos. El fotógrafo aparece allí, diminuto, convertido en parte de la historia que intenta registrar.

Al fondo de la sala, una escalera conduce al primer piso. Apenas los estudiantes alcanzan el último escalón, se encuentran con 56 baldosas dispuestas como las piezas de un rompecabezas. A simple vista podrían pasar inadvertidas. Sin embargo, llevan grabado el emblemático pañuelo blanco de las Madres. Daniela, una de las guías de la muestra, explica que fueron recuperadas durante las obras de remodelación de la Plaza de Mayo. Rescatadas del suelo, las baldosas continúan señalando el camino de una lucha que se niega a desaparecer.

La recorrida avanza entre salas que reconstruyen distintos aspectos de la época. Fotografías de manifestaciones obreras recuerdan el papel de los sindicatos; vitrinas exhiben documentos producidos por la Junta Militar con títulos como “Marxismo y subversión”, “Subversión en el ámbito educativo” y “Documento final de la Junta Militar sobre la guerra contra la subversión y el terrorismo”. Más adelante, una cocina ambientada con objetos cotidianos muestra cómo la desaparición de un hijo alteró para siempre la vida doméstica de miles de familias y el pasaje a la plaza para reclamar por ellos. Entre documentos, fotografías y objetos, la historia deja de ser una sucesión de fechas para convertirse en una experiencia tangible.

La sala dedicada a los medios de comunicación expone otra dimensión de aquellos años. Tras los vidrios de una vitrina se acumulan diarios y revistas de la época. Los titulares funcionan como una radiografía del discurso dominante: “¿Para qué mueren?”, “Argentina campeón mundial”, “Ganemos la batalla en todos los frentes”, “Crisis: cómo salimos” y “Asumieron el Gobierno los comandantes generales”. Una pantalla interactiva también permite recorrer tapas históricas y archivos audiovisuales. Allí se vuelve evidente el rol que desempeñaron numerosos medios durante la dictadura y las distintas formas de acompañar, justificar o silenciar la represión. Cuando Daniela fue consultada por uno de los estudiantes por el accionar del Diario Crónica, ya que había fotos de archivo de momentos de represión durante la dictadura alegó: “Fue un diario que mantuvo una postura no activa en la resistencia, aunque tampoco se caracterizó por ser cómplice directo de la dictadura en comparación con otros medios de comunicación. Y agregó: “El periódico se limitó a publicar noticias sobre conflictos gremiales o declaraciones de dirigentes”.

En una muestra atravesada por preguntas sobre la memoria, la verdad y la responsabilidad, también los medios aparecen interpelados por la historia. Porque mientras miles de personas eran secuestradas, torturadas y desaparecidas, gran parte de la sociedad se informaba a través de medios que reproducían el discurso oficial o elegían mirar hacia otro lado ya sea por miedo, desconocimiento, indolencia. En ese entramado, la censura no sólo se ejerció con prohibiciones y amenazas: también se construyó desde los simples titulares, las palabras elegidas y aquello que nunca llegó a publicarse.